

Editorial N°11. Abril de 2006

Hacerse cargo

La vida está llena de lugares comunes, lo que pareciera ser propio, único, aparece siempre reproducido en un sinnúmero de semejantes, y más allá de las particularidades de cada uno, ello es fruto de estar todos inmersos en un determinado contexto cultural que condicionó la conducta de nuestros mayores y que heredamos sin significativas objeciones.

Esto hace que hablemos de las distintas etapas de la vida y todos comprendamos el sentido del diálogo y lo tomemos con naturalidad.

Por eso, si decimos que en la niñez nuestras mejores respuestas ante toda travesura fueron las frases: “Yo no sabía” y “No me di cuenta”, no estamos agregando nada al conocimiento de lo vivenciado.

Esas frases tan ingeniosas y salvadoras denotaban dos actitudes, la primera, “ignorancia”, la segunda “involuntariedad”.

Agotada la primera por no generar ya convicción, siempre estaba la segunda, como recurso último.

No cabe duda, que ellas nos rescataron de inminentes sanciones de todo tipo.

Buena experiencia nos queda, demostrando cuánto alivio emocional y corporal nos entregó dicho uso.

Desde entonces, en la misma medida de nuestro crecimiento, se nos reconoció y reivindicamos, más conocimiento y voluntariedad.

Aprendimos que ganar la madurez implicaba “el darnos cuenta” y el “poder de controlar nuestras acciones”, que ese vivir responsable es inherente a la racionalidad.

Racionalidad que, por otra parte, hemos ido desarrollando a lo largo de infinitas generaciones, y que nos permite disponer hoy, de capacidades y posibilidades insospechadas para los antiguos.

Los recursos económicos y tecnológicos, la interacción social, etc., son herramientas de las que disponemos a modo de logro.

Lo entendemos como logro en la medida en que pueda traducirse en “libertad”.

Pero por ser esa libertad una conquista social, muchos individualmente no alcanzan a comprender su sentido y proyección, y menos aún, su utilización.

Así, mientras por un lado se dan cuenta de que son dueños en cierta forma de sus vidas, por el otro, aún no superaron el “Yo no sabía” o el “Lo hice sin querer”.

Esto adquiere mayor gravedad cuando dicha actitud se presenta en quienes asumen responsabilidades colectivas.

La inseguridad, el desempleo, el hambre, la miseria, las carencias en salud, educación, etc. por nombrar algunos males, son la consecuencia directa de dicha actitud propia de la niñez.

Siendo la democracia un sistema político fundado en la “libertad”, su fuerza, su sostén, depende necesariamente del grado de “responsabilidad” con que ejercemos dicha libertad.

Así mientras los regímenes totalitarios fundan su fuerza en la prepotencia de las armas, los sistemas democráticos, lo hacen, en la responsabilidad de los ciudadanos.

Responsabilidad a darse tanto en el obrar de los gobernantes como en la emisión del voto.

Por eso, nuestro futuro como país nunca dependió de la presencia de “hombres providenciales”, sino siempre de hombres capaces de decir “Me hago cargo de lo que hice”.

Edgardo Martínez.